

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. — *Hija, esposa y madre*, continuacion, por María del Pilar Sinués de Marco. — *La envidia*, poesia, por doña Antonia Diaz de Lamarque. — *El mes de Mayo entre los paganos y entre los cristianos*, por el Conde de Fabraquer. — *Lorenza*, continuacion, por D. José Muñoz y Gaviria. — *Modas*, por María del Pilar Sinués de Marco. — *Esplicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela. — *LAMINAS.* — *Un figurin.*

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continúa la anterior.)

La bohardilla no podía ser mas mísera y demantelada: la única ventana que habia, tenia rotos todos los vidrios y tapados con papeles pegados con engrudo que el viento habia arrancado con violencia, y que cedian á los lados á la manera que los restos de desgarradas banderas.

A no ser por lo benigno de la estacion, hubiera sido del todo imposible permanecer allí, por el viento que se colaba silbando tristemente, por hallarse comprimido.

Aquella corriente debia ser sin embargo muy perjudicial para la pobre mendiga, madre de Petra, que se hallaba sentada é inmóvil sobre un delgado y mísero jergon tendido en el suelo.

Al ruido que hicimos para entrar, levantó la cabeza que tenia caida sobre el pecho, y miró hacia nosotros con sus ojos turbios y casi sin vista.

Ya era anciana, y lo parecia mas, á causa de su demacracion y flacura; pero habia en su semblante una mezcla de dulzura y de resignacion que conmovia, en medio de aquella horrible miseria, y que brillaba como una pura rosa en medio de un inmenso zarzal.

AÑO I. — NÚM. 16.

—Madre, dijo Petra: aquí hay unas señoras que vienen á ver á V.; hace poco fuí á su casa á pedir limosna: me la han dado, y además han querido venir á ver á V.

—¡Dios se lo pague! dijo la anciana: señoras, soy muy desgraciada, sobre todo por la miseria que pasa esta pobre criatura, que es la sola hija que me queda de seis que he tenido: ¡ah! á no ser por mi enfermedad, aun podía trabajar en mi oficio de pasamanera; pero para nosotros los pobres, la enfermedad es el hambre, la desgracia, la muerte!

—Ya procuraremos socorrer á V., dijo madame Honoria, y buscaremos almas generosas que nos ayuden á conseguirlo. Dios es bueno y no abandona á los que le aman.

—Señora, yo he estado bien y he sido dichosa, prosiguió la pobre tullida: mi marido y yo trabajamos de cordoneros, y ganábamos buen jornal: criábamos á nuestros hijos en la virtud: ya eran grandecitos los dos mayores cuando murieron, y mi marido se fué detrás porque no pudo soportar aquella pesadumbre: entonces quedé yo sola para mantener á cuatro criaturas y tan triste y desmayada de valor, que solo el afan de alimentarles me daba fuerzas: ya se vé, mi marido era para mí lo mejor que habia en este mundo, y le habia perdido!

De mis cuatro niños, Dios llamó á tres, y solo me quedó Petra, la mas desgraciada de todos. Dios se llevó, no los mejores, que todos los hijos son buenos para una madre, sino los mas hermosos! el dolor que sentí fué tal, que poco á poco quedé impedida: ya era vieja, y el médico del barrio que me visitó me dijo que para mí ya no habia remedio: de esto hace cuatro años: como nada ganaba, los vecinos compraron el ajuar de mi casita, que tanto me habia costado el hacer, y poco á poco me fuí quedando sin nada. Hace tres dias que mi pobre Petrita, al ver que ni siquiera teníamos un pedazo de pan, salió á pedir limosna, y trajo algunos cuartos: con ellos hemos comido dos dias... hoy no ha-

MADRID 30 DE ABRIL DE 1864.

biendo nada volvió á salir... y ya saben ustedes lo demás.

Al acabar la pobre vieja su triste relato, corrian algunas lágrimas por sus mejillas, que Petra se apresuró á secar con su destrozado delantal.

—Buena mujer, dijo Mme. Honoria, vea usted lo que por V. puedo hacer; hay en mi casa una pequeña bohardilla, algo mejor y mas abrigada que esta; es mia, porque pertenece á mi habitacion, y yo se la daré de balde: entre las señoritas de mi pension se echará un guante para hacer un traje completo y alguna ropa blanca á Petra: esta aprenderá con las demás niñas del colegio, y así que sepa coser regularmente, la buscaré labor, para que gane algun dinero: entre tanto yo me encargo de interceder con algunas personas influyentes, á fin de que alcancen para V. algun socorro de los fondos de beneficencia, y mientras llega, yo cuidaré de su manutencion.

—¡Dios mio! exclamó la pobre anciana, alzando al cielo sus ojos, ya que no podia juntar sus manos: ¿cómo he podido yo merecer tanto interés, tantos favores? Petra, hija mia, ya que yo no puedo, arrodíllate tú y besa la mano á nuestra bienhechora!

La muchacha, que estaba llorando, iba á obedecer, pero la buena Mme. Honoria no lo permitió.

Han pasado ocho dias, y la pobre tullida está hoy en el cuartito abrigado que le ha cedido Mme. Honoria: esta buena señora le ha conseguido seis reales diarios de los fondos de beneficencia, segun le prometió.

Petra aprende de la cocinera de la pension á guisar, y con las lecciones de Mme. Honoria á coser: todas dimos algo para su traje, y se recogió, no solo para ella, sino tambien para hacerle otro á su madre, y para comprar sábanas para la cama.

La muchacha madruga, compra por la mañana sus pequeñas provisiones, y luego hace el almuerzo para ella y su madre: despues baja al colegio, y se pone á coser con afan.

Por la tarde dá de comer á su madre, la desnuda, la acuesta, y así que la deja dormida se pone á coser á la luz de un veloncillo hasta las doce.

Y bien, Valentina: ¿Podrás creer que esta misera criatura, sin presente, sin porvenir, sin belleza física, sumergida en la miseria, está siempre alegre como un pajarillo, en medio de su impropio trabajo, de sus tareas y fatigas?

Como compensacion de todas sus fealdades y desproporcioncs, tiene una voz encantadora, dulce, flexible, arpada como la de un ruiseñor: siempre está cantando, siempre alegre, siempre es dichosa: y no porque le falte la luz

natural de la razon ni la facultad de reflexionar: su carácter es grave y dulce: su talento penetrante, y bien lo prueba la rapidez con que aprende todo cuanto se le enseña, y sus adelantos en todas las haciendas y labores: pero hay en ella un fondo de devocion, de mansedumbre y de bondad, que es lo que sustenta la alegria mas que las prosperidades. ¡Sí, Valentina! amando á Dios, nada se encuentra amargo! y aunque te parezca una necia vanagloria de parte mia, creo que debes darle gracias, porque me lleva á tu lado, y creo que conseguiré convencerte, de que si no eres feliz, es porque no quieres serlo.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

LA ENVIDIA.

Entre galanas flores
Sus tallos espinosos estendia,
Sin galas ni colores
El áspero zarzal. Mudo advertia
El rudo huésped del pensil ameno
Cuán graciosas se alzaban á su lado
Las hijas de la hermosa primavera;
Mas él de noble admiracion ageno
Siempre las contempló con saña fiera:
Y apenas susurrando
El céfiro gentil las halagaba,
Él sus secos ramajes agitando,
Duros golpes furioso descargaba.

Humillados, heridos,
Sus pétalos rendian
Ya el pintado clavel, ya los erguidos
Nardos, ya la azucena: ni aun podian
Por modestas librarse de su encono
Las tímidas violetas peregrinas,
Ni por blanca la acacia, ni por bellas
Las rosas purpurinas;
Del arbusto fatal en torno de ellas
Los estériles brazos, erizados
De abrojos punzadores
Cimbraban sin cesar: ora inclinados
Tocaban en la tierra; ya subian,
Flores en torno con afan buscaban
Las esmaltadas hojas desgarraban
Y al viento con placer las esparcian.

«¿Qué causa tu despecho?»
Las joyas del vergel le preguntaban;
«¿Qué daño por ventura, te hemos hecho
»Que nos hieres cruel?» Así decian
Y un esbelto ciprés al escucharlas
dobló un instante su elevada frente,
Que descollaba en el jardín risueño
Cual entre sombras de dorado sueño,
Descuella la verdad en nuestra mente:
«¿No veis ¡oh flores? compasivo esclama,

»Cuán rudo y despreciable se presenta
 »Ese enemigo que furioso brama?
 »¿No veis que encanto á su pesar no ostenta?
 »Vosotras ya en guirnaldas,
 »Ya solas en el tallo delicado,
 »Ya entre las frescas hojas de esmeraldas.
 »Siempre os mostrais galanas á su lado.
 »Aplaudidas de todos: vuestro seno
 »Ábrese al aire de fragancia lleno...
 »¿Y buscais por ventura
 »Otro motivo á su rencor insano?
 »¿Qué mas? vuestra hermosura
 »Humilla sin cesar al inhumano,
 »Y le inspira tan bárbaros enojos
 »Que en su rabia quisiera
 »A su pié contemplar como despojos
 »Toda la gala que el abril os diera:
 »Acaso el insensato la esperanza
 »Guarda de aparecer menos horrible
 »Si á despojaros en su furia alcanza
 »De vuestra pura y mágica belleza,
 »Y el mísero no vé que mas terrible
 »Le torna su fiereza.
 »Mas ¡ah! que si se engaña,
 »No son vanos en tanto
 »Los formidables golpes que su saña
 »Descarga sin cesar. Flores divinas,
 »¿Cuántas llorais perdido vuestro encanto.
 »Que arrebatat pudieron sus espinas!»

Tambien entre los hombres aparecen
 La estéril ignorancia y la perfidia.
 Que ardiendo siempre en vergonzosa envidia.
 Implacables al mérito escarnecen.
 Tambien clavau la espina punzadora
 De la calumnia vil. Odio profundo
 Para el insano y ciego maldiciente
 Guarda tal vez en su justicia el mundo,
 Mas su calumnia corre y es creida...
 ¡Desdichado el que siente
 De su dardo fatal la horrenda herida!

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

EL MES DE MAYO ENTRE LOS PAGANOS Y ENTRE LOS CRISTIANOS.

El nombre del mes de mayo resuena agradablemente en todos los oídos, porque anuncia por fin la aurora del verano que llamamos la primavera, y cuya entrada en escena colocan arbitrariamente los calendarios en el veinte y uno de marzo. Por todas partes de Europa se celebra mas ó menos al mes de mayo. Los antiguos romanos, que se arreglaban poco por los astrónomos, fijaban en el 12 de mayo, tercero de los Idus, el primer día del verano. Este día era para ellos una gran fiesta popular. La mañana de ese día iban los jóvenes en bandadas con

instrumentos de música á recoger en el campo ramas verdes, que colgaban de las puertas de sus parientes y de los ancianos, de quienes era este el mes privilegiado: *mensis majorum*: de aquí el nombre de mes de mayo que se le ha dado. Otros hacen venir el nombre de este mes, de *Maya*, madre de Mercurio. Pero es mas razonable seguir la etimología de *majores* ó *mayores*: los ancianos componian el senado romano, cuyas sesiones se abrian en el mes de mayo; así Roma lo habia consagrado especialmente á la vejez, y durante él estaba prohibido casarse.

No estaba por eso menos bajo la proteccion de Apolo, dios del sol y de las bellas artes. Se celebraba entonces la fiesta de Cibeles, madre de los dioses; la de la Buena Diosa, la de los Lares ó dioses Penates; la de Flora, y la de otros muchos dioses.

Colocado el mes de mayo en medio de la primavera, cuyas gracias simboliza, trae, al cubrir el campo de un nuevo verdor, los placeres, los bailes, los regocijos. Era pues celebrado en Roma por todas partes, y los jóvenes que no llevaban ramos verdes eran por esto reprendidos.

Desde entonces se conserva en muchas partes de España la costumbre, introducida sin duda por las invasiones romanas, de plantar en las plazas y delante de las puertas de algunos un árbol recientemente cortado, lo que se ha llamado un *mayo*. Este árbol, de mas ó menos altura, se coronaba de flores y de cintas, y generalmente se tomaba de los bosques del dominio del pueblo. Muchas veces el honor del *mayo* se dirigia á los gobernadores, á los presidentes de los tribunales; y aun se conservan en algunas partes estas costumbres, si bien se han perdido en las ciudades, donde van desapareciendo y olvidándose las risueñas costumbres de nuestros padres, desde que la filosofia nos ha quitado nuestra alegre sencillez.

En algunas partes de España, y en Madrid mismo, se conserva todavía la costumbre los primeros dias de mayo de engalanar y vestir á algunas muchachas de los barrios, é invitar á cuantos pasan por delante de ellas á que echen una moneda de plata ó de cobre para formar un dote á la *maya*; en otras partes se viste de blanco y adorna de flores á una aldeana que representa la *maya*, y despues se pide para celebrar con el producto el nacimiento de los buenos dias.

Sobre todo, el mes de mayo derrama sus encantos desde que en todas partes tambien está consagrado á la Reina de las flores, de los santos y de los ángeles. En este mes se celebra la devocion del mes de María, tan interesante, tan hermosa, y que ha provenido del fondo de la Italia, aunque ya en el siglo xv habia en España muchísimas comunidades y cofradías que feste-

habían á la Virgen con el nombre de *Nuestra Señora de Mayo*, y aun plantaban un *mayo* en honor de la madre del Salvador del mundo, permitiéndoles cortar á los habitantes de los pueblos estos árboles y elegirlos de los bosques de los conventos y comunidades.

Olvidadas con el tiempo estas festividades, del fondo de la Italia salió el uso de honrar, durante este mes consagrado á los placeres, á la Reina de los ángeles. Las flores que en otro tiempo coronaban el árbol de mayo, coronan hoy la cabeza de María, y aquellas guirnalda profanas forman sobre sus altares un trono de perfumes. Por una circunstancia particular no se celebra en el mes de mayo festividad alguna á la Santísima Virgen, lo que parecía dar á entender que el mes todo entero debía serle consagrado. Mucho tiempo antes que se estableciese esta piadosa costumbre, en España por todas partes, en las iglesias de Italia, en los monasterios y los oratorios, en las casas, en las calles, en las plazas públicas, y hasta en los campos donde había altares ó capillas de la Virgen, se juntaba el pueblo en el mes de mayo para pagar á la Madre de las misericordias un tributo de homenaje y de honor ante alguna de sus imágenes veneradas.

Desde Roma, donde esta devoción se practicaba tan útilmente á los ojos del jefe de la Iglesia, se derramó prontamente por el resto de la Italia, por Malta, por Sicilia, por España y por Francia, mostrando por todas partes María por una protección especial, cuán grato le era este género de devoción.

La Madre del Redentor es la madre de todos, y como hijos que la aman con un sincero afecto, debemos acudir en este mes á ofrecerle con nuestras flores y nuestros perfumes, los perfumes todavía mas preciosos que exhalan los corazones en la oración. El amor á María como el amor á nuestra madre, encierra la fé y la esperanza. Creemos en María, como cree el niño en su madre, en su inocencia y sencillez. Imitemos su ejemplo; recibamos sus lecciones como recibe el niño en su alma las lecciones de su madre. La madre es para el niño su revelación y su profeta. ¡Mi madre lo ha dicho! Así debemos nosotros obrar con respecto á nuestra divina Madre, á quien el Señor nos legó en la persona de San Juan al pié de la Cruz. Cuando María habla, oigamos y digamos como el niño: ¡mi madre lo ha dicho! Honremos á María como el tipo mas precioso que nos presenta el Cristianismo, que ha cambiado la faz del mundo, y hecho desaparecer las supersticiones paganas.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LORENZA.

(Continuación).

Algunos dias despues, Ana absuelta de todos sus pecados, purificada por la gracia y la maravillosa fuerza de los sacramentos, espiraba en paz en los brazos de Lorenza, murmurando el nombre de Isela.

La jóven quiso sola velar el cadáver. Oró largo tiempo; despues se sentó, y consideró en silencio aquel rostro, sobre el que la muerte habia estendido su severa tranquilidad, y se dijo para sí misma:

—Duerme en paz: cumpliré mi promesa, y tu hija conservará esos bienes, esa familia que tan cara la habeis comprado. ¡Oh, padre! ¡Oh, madre! Jamás sabreis el doloroso sacrificio que hago. Moriré sin que se sepa cuánto he amado, cuánto he sufrido. ¡Gran Dios! Yo os ofrezco los combates de mi corazón por ella, á fin de que descansen en paz; por aquellos que viven tan largo tiempo felices con su hija, con su Isela.

III.

El combate.

Indecisa sobre su posición Lorenza, no habia abandonado la casa de los condes de Breat. Deseaba antes que todo, y lo deseaba con pasión, volver á ver á sus padres, abrazar á Isela, que amaba como el que ama á aquellos por quienes se hace un gran sacrificio, y dilataba á lo mas tarde posible sus últimas resoluciones. Pasó el otoño, y en los primeros dias de noviembre volvió la familia de Italia. Lorenza se deshizo en sollozos cuando la buena señora condesa de Breat, enternecida á la vista de sus vestidos de luto, la estrechó en sus brazos, repitiendo:

¡Pobre Lorenza!

El conde la cogió de la mano, y la dijo:

—Hija mía, no os separareis de nosotros; cuidaremos de tí.

Isela la abrazó cariñosamente; y vertiendo algunas lágrimas en recuerdo de su nodriza, ningun otro sentimiento de amargura turbó para Lorenza la alegría profunda y melancólica de aquel primer instante.

Volvió á tomar sus habituales ocupaciones y encontró en ellas alguna alegría. Servir á sus

padres no le costaba nada; tenia una satisfaccion pura en llenarlos de atenciones, trabajar para ellos, y anticiparse á sus deseos. Una palabra de cariño pagaba sus cuidados, y durante algunas semanas creyó que bastaria á su felicidad ver lo que amaba, y entrar por algo en el edificio de su felicidad y de su dicha interior.

Fuera de los momentos que pasaba al lado de la condesa y de Isela, vivia sola, retirada del contacto de los demas criados. Poco á poco esta soledad permanente la hizo rendir su pecho. La soledad no es buena sino con Dios, y la viudez del corazon no es soportable sino cuando se han colocado sus amores y sus angustias en el cielo.

Padecia lo que no es decible al verse en tan duro aislamiento; lloró largas noches viéndose sola, siempre sola, y representándose á Isela entre sus padres, colmada por ellos de amor y de testimonios de afecto. Miraba desde la ventana de su cuartito las ventanas brillantemente iluminadas del salon de familia; oia de léjos los acentos del piano, la ligera voz de Isela. Algunas veces una carcajada llegaba hasta su oido, y un secreto sentimiento traspasaba su corazon.

—¡Oh, si yo pudiese hablar, se decia á sí misma, yo no despediria á Isela, pero ocuparia su lugar; al lado de ella podria tambien ser amada!

Perseguíanla por todas partes estos pensamientos, y las menores circunstancias los hacian mas punzantes y penosos. Un dia Isela la hizo llamar; aquella noche Isela iba al baile, y deseaba que Lorenza, que tenia habilidad y gusto, la ayudase á peinarse. Lorenza desató las largas trenzas de los cabellos de su hermana de leche, y se puso á arreglarlos con cuidado. De tiempo en tiempo echaba una ojeada hácia el inmenso espejo, delante del que Isela se hallaba sentada, á fin de juzgar mejor de su trabajo. Pero poco á poco su atencion y sus miradas se fijaron en otro objeto: en la pared de la alcoba, detrás de ella, se levantaba un gran retrato, que se reflejaba tambien en el espejo, con una magia singular. Aquel retrato pintado por Mignard, representaba una de las abuelas del conde de Breat, que habia sido aya de la duquesa de Borgoña. Llevaba el severo y magnífico traje del siglo de Luis XIV, que realzaba su altiva y delicada belleza. Veia Lorenza aquella imágen, que el arte del pintor habia hecho viva, colocada entre ella é Isela, y por la primera vez le chocó la semejanza de sus facciones con las de la dama de honor. Era el mismo perfil fino y particular; las mismas cejas negras con la misma curva; los mismos ojos negros y aterciopelados; la misma expresion de serena dignidad. Isela rubia, con ojos negros, era muy linda; pero no tenia aquella fie-

reza, aquella grandeza que se veia en la frente de su abuela, y que venia, cual noble herencia, á pintarse sobre el rostro de Lorenza...

—Es mi abuela; soy de la misma raza; se dijo para sí la jóven, y un orgullo involuntario hizo hervir su sangre.

—¡Dios mio, qué torpe eres, Lorenza, hoy! Mira esta trenza, dijo Isela con mas viveza que de costumbre.

Ruborizóse Lorenza; se contuvo; terminó su obra sin volver los ojos hácia el peligroso retrato. La condesa entró, y dijo alegremente á Isela:

—Vengo á verte en tu gloria... Y la abrazó tiernamente. Estás muy bien... Te sienta á las mil maravillas ese vestido... No está casi escotado... no: está bien, bien; y podrias, sin embargo, si quisieses, seguir los estravíos de la moda, porque la señal de tu nacimiento en los hombros está muy borrada hoy...

Estremecióse Lorenza. La condesa continuó:

—Ven, niña mia, nos está aguardando tu padre; tendremos, lo espero, una noche muy agradable. Toma tu abanico, tus guantes... marchemos.

Y salieron sin decir una palabra á Lorenza, olvidándose probablemente de que Lorenza se hallaba allí.

Penetrado el corazon de mil dardos, corrió hasta su cuarto, cual á un lugar de refugio, y allí se entregó á todo su dolor. Lloró á la vez el rango, la fortuna, los afectos de familia, todo lo que habia perdido: lloró su eterna soledad, su desolado porvenir, y conoció que sus fuerzas desfallecian en aquella lucha de todos los dias, y que el recuerdo que ella llevaba en su pecho la agobiaba con su peso. Sus lágrimas secáronse al fin, como las de los niños por su mismo exceso; y trató de calmarse con una piadosa lectura. Abrió la vida de los santos, siguiendo el orden acostumbrado de los dias; estábamos en el 15 de enero, y el registro marcaba la vida de San Juan Calibita.

(Se continuará.)

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

MODAS.

Una representacion de Adeline Patti en el teatro Italiano.

PARIS 23 DE ABRIL DE 1864.

Para ver, no menos que para oír, á esa graciosa y simpática jóven que hace poco ha en-

cantado nuestros oídos en el teatro Real de Madrid, lectoras mías, se reúne la alta sociedad parisense en el teatro Imperial italiano cada noche que aparece en él.

Yo acudí también en la del 20, segura de que, además de pasar un rato delicioso, podría admirar allí las más suntuosas creaciones de la moda para comunicáros las.

Así fué, en efecto: á las ocho entraba en mi palco, y lo mismo yo que las personas que me acompañaban, experimentamos una viva admiración producida por dos causas muy diversas: la pequeñez del local y la suntuosidad de los trajes que lucían las señoras.

Vosotras, lectoras mías, os habreis dicho que el teatro de los Italianos, tan nombrado en todas las novelas que hemos leído, cuya acción pasa en París; centro, según nos dicen los autores franceses, de tantas aventuras, debe ser grandioso, magnífico, ¿no es verdad? Pues nada de eso: es pequeño, acaso más que nuestro teatro del Príncipe, bastante ahogado, y tal vez por necesidad los palcos se hallan como encajonados y no pueden dar cabida más que á dos ó tres personas; y para eso han de colocarse una detrás de otra, cuya circunstancia conspira contra el conveniente lucimiento de las señoras.

Como entiendo poco de arquitectura, y mi objeto aquí es hablaros de lindos trajes y prendidos, os remito para la descripción del local á una guía de París y continúo mi agradable trabajo.

La función prometía ser deliciosa y realmente lo fué: los carteles anunciaban un acto de *Don Pasquale*, otro de *Don Giovanni*, el primero de la *Traviata* y un dúo de *L'Elixir d'amore*: es decir, toda música de gracia, dulce y llena de coquetería, que es como si dijéramos el género *Patti*. Adelina estuvo encantadora, y empezaré la descripción de *toilettes* por las cuatro que le ví: dos pueden servirnos para recepción y *soirée*; y las otras dos guardadlas en la memoria para cuando asistais á un baile de trajes.

Bajo la linda forma de Norina (*D. Pasquale*) salió ataviada con un gracioso vestido de poco precio y mucho gusto: era de tafetan á rayitas menudas, blanco y rosa: la falda estaba guarnecida por delante con un volante encañonado pequeño: desde la cintura bajaban por detrás dos anchas bandas rosa de glasé, guarnecidas de blonda blanca, que formaban una cola muy larga: el cuerpo era alto y tenía la espalda rosa y el pecho, que estaba abierto, en forma de corazón, como el delantero de la falda, es decir, de rayitas: la manga de codo, de glasé rosa, con hombrera de blonda blanca, lo mismo que las solapas que guarnecían la abertura del pecho: era completamente medio vestido de color claro y otro medio de color de rosa subido.

En el papel de Zerlina (*D. Giovanni*) llevaba falda de glasé blanco con lazos color de fuego: sobre-falda de raso color de fuego con dos franjas de felpilla negra y corpiño de glasé blanco con chaleco de raso del mismo color de la sobre-falda y hombreras de felpilla: en el cabello lucía dos dalias, blanca la una y la otra roja: el collar era de zequies de oro.

Para representar á Violetta (*Traviata*) salió con un precioso traje de raso blanco, de larga cola, con lazos en el pecho y hombros de terciopelo grana, prendidos con broches de brillantes: en el cabello, diadema de terciopelo grana con estrellas de brillantes.

En fin, en el papel de *L'Elixir d'amore* me pareció la más adorable criatura que se puede imaginar, con una falda de raso blanco, y sobre esta otra más corta de raso rosa, guarnecida de terciopelos negros: una chaqueta de terciopelo verde, bordada de plata, dejaba ver un peto de raso blanco y una cruz de brillantes pendiente de una cinta de terciopelo negro que adornaba su pecho; una gorrita de encaje blanco y cintas color de fuego adornaba su cabeza pequeña y chispeante de inteligencia.

Adelina Patti estaba así tan bonita, tan ligera, que parecía deslizarse más bien que andar, sobre sus pies enanos calzados de seda blanca y raso negro, y ostentaba en toda su plenitud esa gracia de ave, propia de las jóvenes de escasa estatura y que jamás lograrán alcanzar las mujeres altas: Adelina Patti, si es verdad que no puede representar matronas, es en cambio la personificación de la idealidad, del sentimiento y de la dulce y casta ternura.

Cantó con ella el barítono Delle-Sedie, á quien aun no hemos oído en el teatro Real, quizá por el temor que el público madrileño inspira al artista: sin embargo, este es de lo más notable que existe hoy en el mundo musical: la acompañó también el bajo Scalsese, que hizo el papel de Dulcámara en el último día y hubo para los tres gran cosecha de aplausos: el tenor Bettini, que tomó parte en la *Traviata* y en *Don Pasquale*, parece haber perdido bastante en voz y hasta en figura.

Pasemos ahora á hablar de algunos trajes que se ostentaban en el fondo de los palcos y de los sillones principales.

Ví uno de raso verde claro, formando túnica sobre otro de tul blanco enteramente cubierto de bullones pequeños: el cuerpo era de punta y excesivamente escotado: las mangas formadas por un bullon de raso y otro de tul muy pequeñas: este traje le llevaba una joven rubia y le completaba una corona de rosas blancas, follaje y brillantes.

Otro que me pareció muy bonito, de cres-

pon lila, sobre otro de raso de igual color: el de crespon tenia dos faldas y estaban recogidas á los lados con ramas de lilas y follaje verde: el aderezo era de perlas finas y gruesas de gran valor.

Otro de crespon blanco, adornado en la costura de cada paño por guirnaldas de rosas: el prendido era igualmente de rosas.

Otro de gasa á rayas escocesas, blancas, rosa y verdes, sobre-falda de tafetan blanco y enteramente liso, lo que era de un efecto muy lindo por la sencillez: en el peinado, lazos de cinta escocesa con largas caídas.

Ví tambien muchos vestidos blancos en las jovencitas, de tul, ó de muselina-linon, adornados de flores, de cintas y gasa de diversos matices, repartida graciosamente en bullones ó bandas.

En un mismo palco y al lado de una dama vestida de encaje blanco y negro y casi cubierta de brillantes, habia otras dos, ataviada la una con una túnica de gasa rosa sobre glasé del mismo color y la otra con traje de tul blanco sobre otro de raso celeste.

Despues de estos trajes, es justo mencionar otros muchos mas modestos, pero no menos lindos, como de foulard en dibujos pequeñitos y colores claros, tafetanes de la india, muselinas á grandes ramos y granadinas de seda de gran primor y fresca: las jóvenes llevaban casi todas vestidos lisos con largas cinturas flotantes: las hechuras invariablemente escotadas y de dos petos, largas colas en las faldas y el vuelo bastante moderado, aunque las crinolinas siguen su carrera triunfal en los salones.

Mientras por la gran concurrencia nos hallamos detenidas en el peristilo, ví á las señoras que esperaban sus carruajes abrigadas con albornoces morunos rojos ó blancos con rayas de oro y de plata: en la cabeza todas llevaban pequeñas mantillas de yak ó encaje de lana blanca.

Fáltame deciros, queridas lectoras, que en Paris, para ir vestidas las señoras llevan el cabello casi suelto: por todas partes se ven rizos flotantes, gruesos bucles, castañas prolongadas y las inglesas dan en esto el ejemplo, pues se las vé por las calles de esta inmensa y magnífica capital ostentando, casi destrenzadas, sus rubias cabelleras bajo sus gorras ó pequeños sombreritos adornados de plumas.

Preciso es confesar que los vestidos padecen mucho con esto, pues por limpio que esté el cabello, siempre mancha: en cambio, las francesas, han recogido las largas colas con las que nosotras barrems las calles de Madrid, de una manera muy elegante, pero muy en contra de a limpieza que debe resplandecer en la mujer: esta moda es además muy cara para las señoras

de fortuna mediana, que no pueden gastar carruaje, pues sabido es que cada dos posturas hay que recortar el vestido, que se rompe de un modo lastimoso.

Las señoras francesas han tenido el talento de evitar este inconveniente por un medio que ya usais muchas de vosotras en el campo y en los baños: llevan bonitas faldas de color, largas casi hasta el suelo, y coqueta mente adornadas; y sobre estas, la falda del traje—que podrá ser tan larga como se quiera—recogida en pabellones: para las señoras que no hayan aun usado estos pabellones, les diré el modo de hacerlos.

Se compran anillitas de alambre y se cosen cuatro ó cinco en todos los paños del vestido; por cada fila de estas se pasan unos cordones que venden á propósito, se hace un ojal en ambos lados de la cintura del traje y se pasa por cada uno la mitad de los cordones; al salir á la calle, se tira de los cordones y la falda sube á voluntad: estos dos cuerpos de cordones se atan en la cintura, y se sueltan al entrar en la iglesia, en una visita ó en casa, cayendo la falda en todo su largo.

Podeis creerme, lectoras mias, porque yo he adoptado tambien esa útil costumbre: llevando una falda bonita, y la falda superior recogida con igualdad, está una señora verdaderamente elegante, quizá mas que arrastrando una rica cola de seda, llena de polvo, de las que os aseguro—para que no desconfeis de mi consejo—que soy muy partidaria: pero ¿no es mejor adoptar el medio que reúne el aseo y la elegancia? no es cortar nuestro ampuloso traje lo que os recomiendo, sino recogerlo, siendo otra de las ventajas de esta medida, la de eludir las inevitables pisadas de las personas que caminan detrás.

Aquí se usa mucho el sombrerito redondo, y no os podeis imaginar cosa mas deliciosamente coqueta que una joven con una falda recogida sobre una enagua de mil rayas, un pequeño paletot y un sombrerito batelera ó ruso, guarnecido de plumas: la velocidad de la carrera—porque aquí todos van de prisa—descubre á veces un pieccecito calzado con botas adornadas de borlas, con alto y estrecho tacón y punta de charol respunteada de blanco, azul ó rojo.

Os anuncio, para terminar, que he adquirido en esta gran capital para que os lleve EL ANGEL DEL HOGAR, grandes láminas de confecciones, tapicerías en colores, para que bordeis con ellas objetos que embellezcan vuestra casa, modelos de crochet, excelentes patrones, dibujos delicados para bordar en blanco, figurines de detalles para ejecutar prendas de lencería, como gorras, cuellos, mangas, pañoletas y otros objetos; lo que, unido al constante reparto de los lindos figurines que ya recibís,

acabará de llenar el objeto que nos hemos propuesto con nuestro periódico; esto es, el de hacerlo tan útil como agradable: el que sea para las señoras y señoritas un constante y complaciente consejero, un auxiliar incansable de su belleza y un vigilante conservador del orden y de la economía que no se opone, según se cree, á los preceptos de la moda, si se tiene buen gusto.

Aun os escribiré otra revista desde París, lectoras mías, descansando ahora con gran placer á nuestra amable y complaciente *Pamela*, y hasta entonces, se despide cariñosamente de vosotras,

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

ESPLICACION

Y APLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

Trajes de niños.

FIG. 1.^a *Para niña de cuatro años*: vestido de popelina grosella con rayas Pekin negras: la falda está recortada en ondas, y estas guarnecidas por un encañonado de glasé negro: cuerpo bearnes, que forma una onda en la parte superior en el pecho y otra en la espalda: este cuerpo está adornado de tirantes, recortados á ondas y guarnecidos de otro encañonado de glasé negro, igual al de la falda, aunque algo mas pequeño: camiseta *Griñon*, hecha á plieguecitos, acompañada de cuello y puños pequeñitos y bordados: botitas de saten negro.

FIG. 2.^a *Para niño de diez á once años*: chaqueta de paño fino azul: pantalon y chaleco de piqué inglés, este último cerrado con botones de nácar: corbata negra: gorra del mismo paño de la chaqueta.

FIG. 3.^a *Para niño de ocho á nueve años*: chaqueta flotante de terciopelo negro, recta por detrás y por delante y que deja ver una camiseta interior holgada, muy fina, y plegada á pequeñas tablas: pantalon de paño gris muy fino.

FIG. 4.^a *Para niña de tres años*: vestido de alpaca inglesa azul, bordado en el bajo de la falda con una cenefa ejecutada á punto ruso con seda negra: cuerpo escotado en cuadro: manga corta con un bordadito negro: cinturón de la misma tela del vestido, que forma lazo detrás y descende en largos cabos flotantes, cada uno de los cuales está bordado, armonizando con las mangas: camiseta bordada, y para sujetar el cabello una cinta azul que se enlaza graciosamente en la parte superior de la cabeza.

FIG. 5.^a *Para primera Comunion*: falda de muselina adornada en el bajo por un grueso bullon, y sobre este un entredos bordado, del

que sale un volantito encañonado y puesto hácia arriba: todo esto forma picos poco agudos en su colocacion. Cuerpo-camiseta, alto y plegado á la suiza: mangas holgadas, á las que sirve de hombrera un adorno en pequeño que armoniza con el de la falda: un entredos y un volantito colocado hácia arriba forman el puño: gorra-redecilla de tul, adornada de un doble encañonado de tul: velo de muselina blanca: al lado derecho, limosnera de glasé blanco con borlitas de seda en sus ángulos: rosario de perlas y guante blanco de dos botones.

FIG. 6.^a *Para niña de ocho años*: ves tido de glasé malva adornado en la parte inferior de la falda por dos tiras de franja llamada *bolero*, que consiste en una cinta lisa y otra guarnecida de madroños: esta guarnicion es negra. Cinturon suizo: cuerpo *figaro*, escotado, y mangas cortas, guarnecido todo del mismo modo que la falda: camiseta *Griñon* plegada y terminada por un cuellecito liso. Sombrero batelera, de paja de Italia, adornado por delante por un grupo de lila, sombrilla verde y botitas de saten gris.

FIG. 7.^a *Para niño de diez á once años*: chaqueta de paño muy fino, color marron oscuro, flotante, derecha por delante y por detrás, y solo un poco sesgada en las costuras que caen bajo el brazo: pantalon de la misma tela que la chaqueta: cinturón de cuero negro: corbata de glasé negro tambien: cuello y puños de batista lisa: gorra de castor, rodeada de un borde de terciopelo negro y adornada de un pequeño plumero escocés: guantes amarillos.

FIG. 8.^a *Para niño de siete años*: traje breton compuesto de una chupa prolongada sobre las caderas. Este modelo es en paño fino gris. Mangas de codo, guarnecidas, en la parte inferior, por galones lo mismo que la chaqueta. Camisa flotante. Pantalon de la misma tela. Medias encarnadas. Botas llamadas *mágicas*.

Muy poco tenemos que añadir ó modificar para facilitar, según nuestra costumbre, la aplicacion del lindo grabado que hoy ofrecemos á nuestras suscriptoras: en Francia, los niños visten siempre bien y convenientemente; por tanto nos contentaremos con advertir que el velo de muselina del traje de Comunion será mas bonito hecho de tul y que no usándose mucho la gorra entre nosotros, y menos tratándose de jovencitas de esa edad, se podrá sustituir la del modelo por una redecilla de seda, ó aun mejor por una corona sencilla de flores, como azahar, ó rosas blancas.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,
MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.